

CAPITULO XVII.

Visiones proféticas.



ARTIERON los magos á cumplir las órdenes de Moctezuma, y el emperador se dirigió al templo, como indicamos en el capítulo anterior, con ánimo de esperar allí que volvieran los nigrománticos.

Habia dado orden para que nadie turbase su oracion. El pueblo, que vió salir reunidos casi todos los magos del imperio, sin poderse explicar lo que iba á suceder, se vió dominado por una mortal angustia.

No habia duda. Aquella era una prueba decisiva. Si volvian los magos todo estaba perdido.

A pesar de la mucha fe que tenian en el resultado de los conjuros de aquellos hombres, las noticias que habian recibido acerca del valor de los españoles no les dejaba la menor esperanza de que triunfasen de sus armas las palabras de los nigrománticos.

Casi al mismo tiempo que Hernan Cortés avanzaba con su ejército desde la pequeña aldea que habia encontrado al final de la cuesta para dirigirse á Chalco, tomaron los augures el camino que desde México conducia á esta última ciudad.

Despues de haber andado largo rato bajo la influencia de un sol abrasador, convinieron en descansar breves instantes á la entrada de un bosque que comenzaba á la derecha del camino.

Sentáronse en medio de una especie de plaza, formada por

los árboles, cuyas espesas ramas, no solo no dejaban penetrar la menor claridad, sino que formaban una caverna oscura.

—¿Qué haremos? preguntó el jefe de los nigrománticos. Hasta ahora los extranjeros han vencido á cuantos indios han salido á su encuentro. ¿Seremos nosotros más afortunados?

—Ya creo, respondió uno de los augures, que ántes de presentarnos á su vista deberíamos recurrir á nuestra ciencia, para que nos suministrase algunas noticias acerca del porvenir que está reservado á nuestras negociaciones.

—La ocasion es oportuna.

—Y el paraje el más á propósito.

—Pues empleemos todos los recursos de la ciencia para saber quiénes son los españoles, y si sera fácil conseguir el objeto de nuestra embajada.

Pusiéronse de pié todos los augures.

Uno de ellos cogió del centro de aquella plazoleta una especie de jarro, en el que habia un unguento negro.

Cada uno de los nigrománticos tomó con el dedo índice de la mano derecha una porcion de la pasta que contenia el jarro, y frotándose las yemas de los dedos, se colocaron todos en corro en esta forma:

Unos de frente y otros de espalda.

Todos estaban unidos por las yemas de los dedos.

Formando este corro ó círculo, permanecieron más de un cuarto de hora inmóviles.

De aquella manera se comunicaban unos á otros fluidos magnéticos, que les ponian en una situacion inspirada.

Poco á poco fueron cerrando todos los ojos.

El jefe de ellos empezó á preguntar á cada cual qué era lo que veia.

—Yo, exclamó uno, veo una nube negra que va avanzando de Oriente hácia Occidente, y que encierra en su seno una luz muy semejante al rayo.

—Yo, añadió otro, veo un águila caer sobre México, con las alas extendidas y las garras preparadas á destruir cuanto se encuentre al paso.

—Yo, añadió el tercero, veo un colibrí en la rama de un árbol guareciéndose de una tempestad que amenaza estallar sobre la ciudad donde reside nuestro emperador, y destruir con el rayo el templo de la guerra.

Cada cual fué refiriendo lo que veía, y el mago en quienes los denias reconocían superioridad:

—Todos estamos acordes, añadió, en vaticinar desgracias; pero no basta. Es necesario apurar la verdad. Consultemos las entrañas de la tierra.

Los magos comenzaron á cavar en el sitio donde estaba un agujero con el auxilio de las manos.

Cuando estuvieron hechos los hoyos, fué el mago que desempeñaba las funciones de jefe arrojando un poco de unguento del jarro que se hallaba en el centro de la plaza en cada uno de los agujeros.

Los nigrománticos se hincaron de rodillas, cada cual delante del hoyo que había fabricado; pronunciaron algunas palabras, que eran un conjuro, y después miraron todos con la mayor atención á los agujeros que habían abierto en la tierra.

El jefe de los nigrománticos les preguntó:

—¿Qué es lo que veis?

Todos á una exclamaron:

—La espantosa figura de Tezcatlepuca.

Tezcatlepuca era uno de los ídolos de los mexicanos.

Significaba para ellos la desgracia.

Su aspecto formidable, su rostro repugnante y horrible, á la vez le hacía pasar por una de las divinidades más infaustas de las que constituían su religión.

Los mexicanos suponían en favor de este dios las sequías, la

esterilidades, todos los azotes que de cuando en cuando sembraban el espanto ó la muerte en la ciudad del imperio.

No había duda.

Cuantos recursos emplearan para contrarestar la voluntad de los enemigos serían inútiles?

La desgracia amenazaba á México.

Los extranjeros eran el castigo que Tezcatlepuca les enviaba.

—Oid sus palabras, dijo el jefe de los nigrománticos, y escribidlas con los caracteres de nuestra ciencia para ver si todos oímos lo mismo.

En una hoja de palma seca trazaron con un punzon de una madera colorante unos caracteres extraños.

Al terminar todos se levantaron horrorizados.

El jefe de los nigrománticos leyó en cada una de las hojas de palma estas fatídicas palabras:

«Desgraciados augures, vuestros conjuros han perdido toda su fuerza.

«El pacto que he hecho con vosotros queda roto.

«No puedo ya servirlos.

«Un poder superior me encadena.

«Decid á Moctezuma que en vista de su crueldad y tiranía, ha decretado su ruina el cielo.

«Ahora, para que le pinteis más vivamente la desolación de su imperio, volved y mirad la ciudad de donde habeis salido hace poco, y vereis cómo la han desamparado los dioses.

Los nigrománticos abandonaron el paraje en donde se hallaban.

Salieron al camino, subieron á una altura, desde donde se dominaba la ciudad de México, y se horrorizaron.

El firmamento estaba cubierto de densas nubes.

Era de día, y sin embargo, parecía de noche.

En medio de aquella oscuridad se destacaba á lo lejos una

inmensa llama, que ocupaba un espacio de más de media legua cuadrada.

—Allí está México, exclamaron los augures. Allí está convertido en una inmensa hoguera.

Y corrieron precipitadamente á la ciudad, notando que á medida que avanzaban se alejaba el incendio.

Se hallaban ya á pocos pasos de las primeras casas, y el fuego parecia surgir de las últimas.

Las casas primeras estaban intactas.

Entraron en la ciudad, y no se notaban señales del fuego.

Espantados, corrieron á buscar á Moctezuma.

Preguntaron á todos los mexicanos si habia ardido alguna casa de la ciudad.

Todos les respondieron que no.

Se dirigieron al palacio. Moctezuma no habia vuelto del templo del dios de la guerra.

Se encaminaron al templo.

El emperador estaba consternado.

—¿Qué es eso? les preguntó. ¿Por qué volveis?

Los nigrománticos le refirieron lo que habia sucedido.

Moctezuma quedó consternado.

—¡Oh! exclamó. Yo creia que todo habia sido una vision. Pero ahora veo que los dioses me han avisado. Todo lo que habeis visto vosotros desde el bosque, lo he visto yo desde aquí.

La ciudad era una hoguera, y yo aguardaba por momentos á que llegase el fuego hasta mí y me consumiera.

—Esclavos tuyos somos, dijeron los nigrománticos. No hemos cumplido tus órdenes.

Dispon de nuestra vida.

Nuestros conjuros son inútiles; hemos perdido toda la fuerza que teníamos.

Nos abandonan nuestros protectores.

Vale más morir que presenciar la ruina de la patria.

—Sí, sí, exclamó Moctezuma, poseido de una profunda angustia.

Nada podemos hacer puesto que nos abandonan los dioses.

Vengan en buen hora los extranjeros; caigan sobre nosotros todas las calamidades.

El leon del desierto se convierte en tímido corderillo. No evitemos su presencia; no es justo que evitemos el castigo que nos amenaza.

Venga en buen hora, puesto que así lo quieren los dioses.

Si alguna pena tengo es que hay en el imperio niños, ancianos y mujeres que no podrán soportar las desventuras de que vamos á ser víctimas.

—Es el único medio de salvarnos, dijo el jefe de los nigrománticos. Mientras has pronunciado esas palabras he visto brillar en los labios del ídolo que tenemos delante una sonrisa de satisfaccion. El quiere que vengan los españoles.

Acatemos su voluntad.

Los nigrománticos se retiraron.

Moctezuma salió del templo.

El pueblo esperaba lleno de zozobra en el pórtico.

El emperador pasó por en medio de la muchedumbre sin levantar los ojos del suelo.

Se dirigió á su palacio.

No bien llegó, mandó llamar á los príncipes Cacumatzin, Quetlahuaca y Guatimozin.

Los tres príncipes jóvenes acudieron inmediatamente á su llamamiento.

CAPITULO XVIII.

Un consejo de familia.



MOCTEZUMA recibió á los príncipes en el salon del trono. Era una habitacion inmensa, de elevado techo, cuyas paredes estaban revestidas de reluciente mármol. El trono consistia en un divan de plata maciza con asiento de pluma.

A los piés del divan habia un almohadon de pluma, tambien forrado de algodón tejido y estampado de brillantes colores.

Cerca del trono habia una mesa de mármol negro, que parecia de azabache.

Sobre esta mesa se hallaba siempre la corona imperial de oro, preciosamente cincelada.

Enfrente del trono habia varios divanes en los que tomaban asiento durante los consejos los que disfrutaban de tan señalada honra.

Al poco rato de entrar y tomar asiento el emperador, se presentaron los tres personajes á quienes esperaba.

Eran los tres que hemos nombrado en el capítulo anterior.

El primero, Cacumatzin, era el primer elector y consejero del imperio.

Reunia á estos títulos el prestigio de su familia.

Ademas era príncipe de Texcuco.

El segundo podria tener unos treinta años.

Era de mediana estatura, de rostro bondadoso y reflexivo al mismo tiempo.

Llamábase Quetlahuaca, y era príncipe de Iztacpalapa.

El tercero, jóven de unos diez y siete á diez y ocho años, se distinguia de los demas por su belleza y por la tranquilidad que revelaban sus ojos.

A pesar de los pocos años, se descubria desde luego en él que era un jóven pensativo y capaz de cualquier sacrificio tratándose de luchar.

Era Guatimotzin, hijo del hermano del emperador, el rey de Tacuba.

Los tres hicieron una profunda reverencia á Moctezuma, y á una señal suya tomaron asiento.

—No ignorais, dijo el emperador, el motivo que me obliga á llamaros. He hecho cuantos esfuerzos he podido para alejar á los extranjeros.

Les he enviado hasta siete embajadas.

Cada una de ellas les ha llevado de mi parte un magnífico presente.

Ellos persisten en venir hasta México.

Pudiera oponer la resistancia á sus deseos; pero los dioses nos han abandonado.

Ese puñado de hombres ha vencido los ejércitos de Tabasco, de Tlaxcala y de Cholula.

Su jefe ha descubierto todas mis intrigas.

Yo mismo, despues de consultar á los nigrománticos y de pedir consejo al dios de la guerra, me encuentro completamente desarmado.

No hay duda, hermanos míos, Quezalcoal los envía para castigarnos, porque nuestros antecesores no quisieron seguirle en busca de su padre Topilzin.

Yo he apurado y arrostrado los peligros de la guerra, y más que la sangre real que circula en mis venas, me han elevado al sόlio las hazañas de los cien combates en que he tomado parte.

Doscientas lunas hace que llevo la corona real en mis sienes.

En este tiempo he sometido muchas provincias á mi voluntad. La victoria me ha sonreído.

Hoy no me encuentro con fuerzas suficientes para resistir el empuje de los extranjeros, que desean á toda costa llegar á la ciudad.

Nuestro castigo está decretado, y mi alma, poseída de un profundo dolor, solo tiene fuerzas para soportar tantas desdichas.

Mi corazón me anuncia grandes calamidades.

Los dioses no me son propicios.

¿Qué debo hacer? Aconsejádme.

—No hay duda, supremo emperador, dijo Quetlahuaca, de que los extranjeros son descendientes del gran Quezalcoal, y si lo son, ¿por qué temer su llegada? ¿Por ventura no descendemos todos del mismo linaje?

¿No han manifestado los españoles al llegar á todas las ciudades que han recorrido deseos de sostener la paz?

¿No han brindado á los habitantes de Tabasco, de Zempoala, de Tlaxcala y de Cholula una verdadera amistad?

Si han luchado, ¿no ha sido despues de verse provocados al combate.

¿Por qué hemos de pensar que desean nuestra ruina?

¿Por qué suponer que son los instrumentos de una venganza?

¿No vendrán á traernos la sabiduría que nos falta?

¿No les animará el deseo de visitarnos, de pactar alianza con los que tienen su misma sangre?

Bien puede ser que los dioses hayan dispuesto nuestro castigo.

Pero si es así, ¿quién te dice que los extranjeros, nuestros hermanos, cuyo poderío es inmenso, no vengan á librarnos de ese castigo?

No son nuestros dioses quienes les favorecen, son los suyos.

Si los nuestros nos abandonan, ¿no quiere esto decir que los que nos traen nuestros hermanos pueden salvarnos?

Desecha ese temor, y sé lo que has sido hasta ahora; el sobe-

rano más grande, más espléndido y más fuerte de todos los monarcas de la tierra.

—Yo por mi parte, dijo Cacumatzin, no temo á los extranjeros. Sean amigos ó enemigos, poco me importa.

Si los dioses hubieran deseado destruirnos, no hubieran elegido tan escaso número de hombres.

Son pocos, muy pocos, y si hasta ahora han vencido á los de nuestra raza, ha sido porque no han luchado con mexicanos, porque no han estado al frente de las tropas enemigas guerreros como los que tú tienes á tus órdenes. Que han sembrado los rayos que fulminan esos instrumentos de bronce que conducen los tamenes de una á otra parte: ¿son por ventura algo más que nuestras cerbatanas?

Esas fieras que les obedecen, ¿dejan de ser una especie de venados más corpulentos y más inteligentes que los que nacen en nuestras selvas?

Además, que son sabios, que son invencibles: también lo somos nosotros, y sería mengua que una nación tan poderosa como la nuestra se doblegase ante su voluntad.

Recibámoslos de igual á igual, festejémoslos; pero que no vean temor de nuestra parte.

Mientras sean amigos, mientras sean leales, no faltaremos á nuestros deberes.

Pero ¡ay! de ellos si demuestran algun día su deseo de conquistar nuestra patria.

Yo, Cacumatzin, hijo de Hezahualpili, príncipe de Tezcuco, primer elector del imperio, vasallo y sobrino tuyo, juro por mis antepasados ponerme al frente de tus ejércitos, destruir á los enemigos y ofrecer sus cabezas al dios Huitzilopoztli para adornar con ellas el pórtico de su teocali.

Guatimotzin, el más joven de los príncipes, permaneció silencioso.

—¿Y tú, nada me dices? exclamó Moctezuma.

—Yo, á pesar de mis pocos años, dijo el príncipe, no creo, como vosotros, que los españoles descendan de Quezalcoal, y tampoco doy valor á sus protestas amistosas.

Sin embargo, despues de lo que han hecho, no dejo de admirarles.

Me parece que son más dignos de consideracion y más temibles de lo que cree Cacumatzin.

No son un puñado de hombres como él pretende.

Gracias á su talento, han podido aumentarse y tener por aliados á más de doscientos mil hombres de los que son nuestros enemigos.

Así pues, creyendo que es imposible negarles la entrada en México despues de lo que ha sucedido, debo manifestarte que es preciso estar muy en guardia y reunir aquí todas las fuerzas de que podamos disponer para contrarestar cualquiera sorpresa, cualquier acto amenazador á la independenciam de nuestra patria.

—Los españoles entrarán en Mexico, dijo Moctezuma.

Anúncialo á todos mis vasallos.

Y tú, Cacumatzin, señor de Tezcuco, sobrino mio, tú saldras al encuentro de los españoles á recibirlos y á manifestarles mi resolucio, y á decirles que hallarán en mí los mismos sentimientos que me demuestran.

La resolucio de Moctezuma no tardó en saberse en México, y la curiosidad reemplazó al temor en el ánimo de los mexicanos.

CAPITULO XIX.

El príncipe Cacumatzin visita á Hernan Cortés.



La resolucio de Moctezuma satisfizo al pronto las aspiraciones de los mexicanos.

Todos experimentaban una viva curiosidad por conocer á los extranjeros.

A la curiosidad se unia el temor mientras duraron las vacilaciones de Moctezuma, mientras este monarca se manifestó resuelto á no permitir que llegasen hasta su ciudad, empleando la fuerza para impedirlo.

Pero cuando supieron que aceptaba la amistad de aquellos hombres, á quienes consideraban hijos del cielo, se abrió su corazon á la esperanza, y si los más altos personajes de la corte se presentaron á Moctezuma á pedirle permiso para acompañar á Cacumatzin á la visita que iba á hacer á los españoles, el pueblo y los soldados se regocijaron con la idea de que podrian ver de cerca á unos hombres tan temibles; y para conseguirlo cuanto ántes, abandonaron la ciudad y salieron á su encuentro.

Hernan Cortés con su ejército pasó algunos dias en una pequeña poblacion próxima á Chalco, y desde el primer momento recibió la visita del cacique de la provincia y de otros de las más próximas.

Al ver la insistencia con que deseaban conocer á los españoles y las muestras de amistad que les daban, acompañadas casi siempre de obsequios, se alarmaron los embajadores de Mocte-